

PLUMA y LAPIZ



Gerina

LEYENDAS Y TRADICIONES

(SALAMANCA)

La vulgar frase: «El que quiera saber, que vaya á Salamanca», bastaría para dar testimonio de la gran importancia que alcanzó en otros tiempos la ciudad del Tormes, sino estuviese aquélla sobrado demostrada por monumentos como la Catedral, el Palacio del Obispo, la original Casa de las Conchas y, sobre todo, por los recuerdos que evoca su célebre Universidad, tal vez la más famosa de Europa en los siglos medios.



VISTA GENERAL.

Hoy, las cosas han variado; para saber, no precisa ir á Salamanca; pero claro es que todavía subsisten miles de motivos que pueden justificar la visita á la histórica ciudad; y por uno de tantos estuve en ella no hace mucho tiempo. Grato recuerdo conservo de mi breve estancia allí; de la belleza verdaderamente española de las salmantinas; de la amabilidad de los hombres, y en especial de uno de éstos, que me sirvió de *cicerone*, y cuyo nombre omito por expreso encargo suyo.

Era el tal, gran conocedor, no sólo de la capital, sino de toda la provincia, y su mente constituía un verdadero archivo de leyendas, tradiciones y consejas, referentes á ambas. Una de aquéllas me propongo referir.

Cierto día, pasábamos por una calle de las que desembocan en la plaza del mercado, cuando maquinalmente fijé mi vista en un vetusto edificio que, á decir verdad, nada ofrecía que llamara la atención.

—Tiene usted buen olfato,—dijo mi compañero.

—¿Por qué?

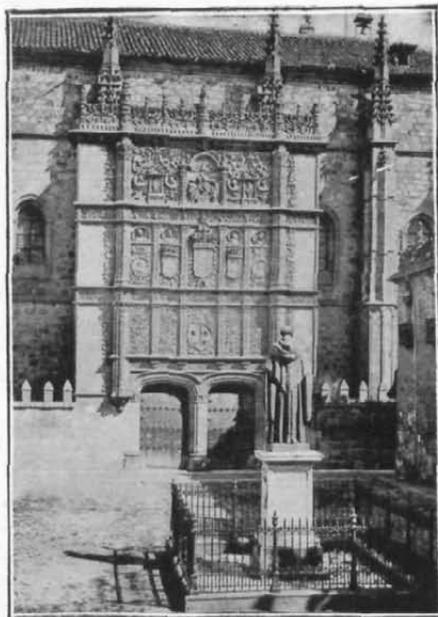
—Porque se ha fijado usted, pese á su insignificante exterior, en la *casa de los duendes*; teatro de una leyenda que muchos ignoran y que le voy á contar, porque, sea cual fuere su autenticidad, resulta moral y entretenida.

Y me refirió lo siguiente:

Cuando se construyó la susodicha casa (y bien sabe Dios que desde entonces ha llovido y se ha secado no pocas veces), tuvo por primer inquilino al sastre más ladrón del respetable gremio de la tijera.

El, se hizo rico en poco tiempo; pero el día en que murió y cuando la casa quedó abandonada, pues el difunto no tenía parientes, amigos ni testamentarios, oyóse por la noche una zarabanda tal, dentro del solitario edificio, que no pudo caber duda de que una ó varias legiones de demonios estaban celebrando allí la entrada en el infierno de aquel discípulo de Caco.

Y no fué esto sólo: sino que, desde entonces, apenas anocheceba reproducíase el desafinado concierto de estruendosos golpes, arrastrar de cadenas é infernales carcajadas, en forma tal,



LA UNIVERSIDAD.

que no ya la casa, sino sus alrededores en considerable radio, quedarón en entredicho para los morigerados salmantinos que por nada del mundo se hubiesen acercado á unos lugares donde había sentado sus reales Satanás.

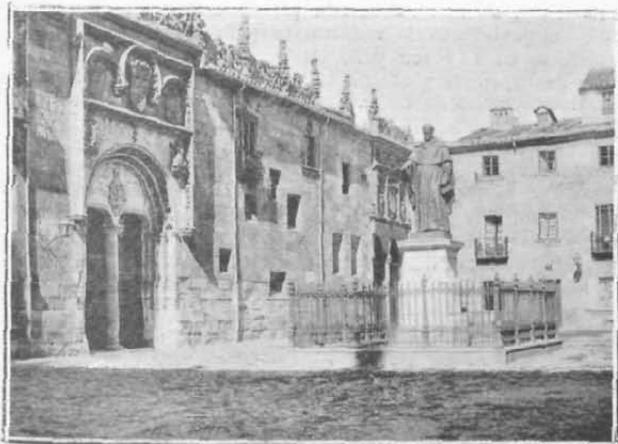
Tres ó cuatro forasteros trataron de ir á habitar la casa, que se cedía poco menos que de balde, y todos, al día siguiente de entrar en ella, la abandonaron, contando cosas horribles que aumentaban el espanto de los moradores de la población.

Por fin llegó á ésta un mancebo de fisonomía dulce y simpática y que precisamente ejercía, como el difunto, el oficio de sastre. La escasez de sus fondos movióle á quedarse con la casa en cuestión, á pesar de que no faltaron almas caritativas que le avisaran lo que allí pasaba.

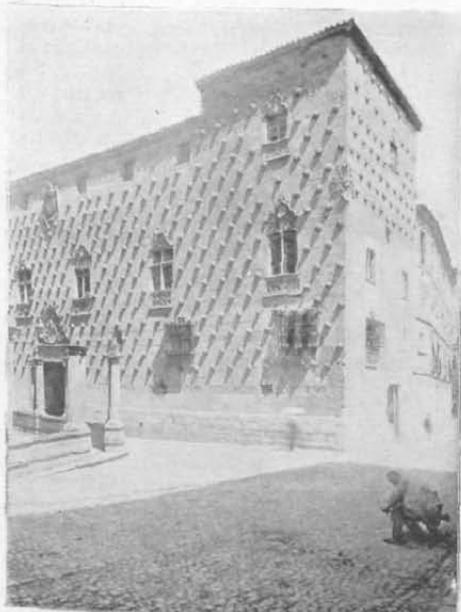
Durante el día, todo fué bien; mas apenas anocheció, llenóse la casa de diablillos de todos colores, de verdaderos hijos de Lucifer que, armando gran alboroto, se lanzaron sobre el nuevo inquilino y no cesaron de atormentarle hasta que lució el sol. Pero habían dado con la horma de su zapato: el forastero era aragonés y tan honrado como terco. No sólo no pensó en desalojar el campo, sino que, en vista de que la gente, llevada del te-



IGLESIA DE S. ESTEBAN.



PLAZUELA DE LAS ESCUELAS MENORES.



CASA DE LAS CONCHAS.

mor, no se acercaba á la tienda, fué él mismo en busca de los antiguos parroquianos del difunto.

Uno de ellos se mostró dispuesto á encargarle un traje, pero añadió:

—Maestro, tenga consideración que los tiempos están malos, y no me haga pagar doce ducados, como su antecesor.

—¡Ave María! ¡Ni que viniera yo de Sierra-Morena! Su mercé me dará siete ducados y quedará bien servido.

Aquella noche, á la hora de costumbre, reaparecieron los diablillos, pero en menor número y menos agresivos que en la anterior.

Las alabanzas que de la honradez del sastre hizo el parroquiano arriba citado, movieron á un labrador á arriesgarse, en pleno día, á ir hasta la tienda de aquél y decirle, desde la calle:

—Salga un momento y tome estas doce varas de paño para hacerme una capa.

—¡Qué disparate!—repuso el sastre.—Llévese la mitad del paño, y aún no le digo más porque le haré la capa de todo vuelo.

El labrador se marchó contentísimo; pero más lo estuvo el sastre aquella noche, al ver que los malditos duendes iban disminuyendo y que, en vez de atormentarle, se contentaban con formar círculo en torno suyo.

Pasó un día más sin que recibiese ningún nuevo encargo el honrado menestral que, algo mohíno, volvía hacia su casa, cuando halló tendido en el suelo y llorando amargamente, á un muchacho medio desnudo.

—¿Qué tienes?—le preguntó.—¿Por qué lloras?

—Porque hoy no he podido recoger ninguna limosna, ni siquiera para comer; y cuando por la noche no he llevado á casa la cantidad que me tiene fijada, mi padre me pega una paliza y no me da de cenar...

—¡Bah! No te aflijas; entra aquí; comerás conmigo; te haré un traje y te daré el dinero que has de llevar á tu padre... Luego, si tú y él queréis, puedes venir á mi casa y te enseñaré mi oficio.

Aquella noche no se presentaron los duendes, ni desde entonces volvieron á parecer. Los habían puesto en fuga la honradez y la caridad del sastre, que murió de viejo, dejando una considerable fortuna ganada con el trabajo y merced á la fama que le granjearon su probidad y buenas obras.

E. B.

Fotografías de Hauser y Menet.

EL HOMBRECILLO

El ruido sonó en la chimenea de la estancia, como si algo se cayera por el cañón, que mantenía vivas con su tiro de aire las brasas sobre los morrillos candentes. La joven estaba sentada junto á la ventana, aquella ventana de sus nostalgias de enferma, al lado de la cual se pasaba los días contemplando el campo con esa mirada melancólica de los desolados que buscan por instinto la inmensidad. El dictámen médico era que la niña se moría, y bastaba ver su rostro flácido y macilento, la extenuación de la persona entera, para comprender que el facultativo no andaba muy apartado de la verdad en punto á su pronóstico.

La niña advirtió el ruido que venía á turbar el reposo del cuarto, anegado en la tranquilidad de una estancia de enfermo, y, apartando su vista del crepúsculo, cayendo fuera en el paisaje, miró á la chimenea, abriendo con espanto los ojos. De las brasas rojas, como un áscua puesta derecha, surgía una figurita menuda y extraña, un hombrecillo liliputiense de barba azafranada, único detalle que se le descubría de la cabeza, oculta dentro de un capuchón tremendo. La singular personilla salió de su envoltura de llamas y, adelantándose con paso menudo, que parecía no tocar en el pavimento de madera, se plantó de un salto sobre las rodillas de la joven y se sentó en ellas familiarmente.

La joven, estupefacta y aterrada, no tuvo valor ni para hacer el menor movimiento de defensa. A su memoria de enferma, nublada por la fiebre, acudieron vagas remembranzas de la niñez, reminiscencias de lecturas infantiles, de cuentos de abuela. Sólo los duendes surgían así, de improviso, de una lumbre que no les abrasaba. Si es que tal aparición no era un delirio de la calentura. Cuando el hombrecillo de la capucha se aposentó en sus rodillas, comprendió que no se trataba de imágenes febriles y, ya tarde, sin acordarse de su falta de fuerzas, quiso levantarse y huir.

—No te asustes —la dijo el hombrecillo de la chimenea.—No vengo á causarte mal alguno.

El hombrecillo habíase echado hacia atrás la capucha al hablar. Su rostro no tenía nada de espan-





toso. Una cara pálida, larga, que alargaba la barba de azafrán, y unos ojillos dulces y suaves. Lo más extraño de su semblante era la expresión irónica, de una ironía delicada, dentro de su blandura apacible.

—Sé lo que te sucede, — prosiguió el hombrecillo, mientras la jovencita le oía suspensa y sin voz.—Estás enferma de pasión de ánimo. En tu inocencia de adolescente, creíste verdad lo que sólo tenía el brillo efímero de otra adolescencia. Los primeros amores son todos así. Resplandecen, pero no dan color. Y no has podido, al despertar, resistir el golpe de esa traición inesperada para ti, aunque vulgar. ¿Es eso?

El asombro de la muchacha crecía al ver como el hombrecillo leía en su corazón y en su mente. Y aumentó todavía, cuando el minúsculo barbudo continuó:

—A pesar de ello, no aborreces al desleal y sigues queriéndole, deseándole la felicidad. También es propia esa abnegación romántica de las pasiones nuevas. Cuanto a ti, lloras, te desesperas, anhelas morirte, te pasas las noches insomnes y concluirías por lograr tu propósito, si no fuera por mí. Conque — y el hombrecillo se puso de pie sobre las rodillas de la joven para alcanzar a sus ojos,—vamos; hija mía. Hay que ser buena. Yo te prometo que curarás. Y por el pronto, ahora, á coger un sueño tranquilo y reparador.

Y cerrándola con sus deditos microscópicos los párpados, la dejó en el acto profundamente dormida, huyendo él por la chimenea.

Han pasado tres años. Sonrosada, pura, fresca, inundado el semblante de alegría, de salud y de belleza, la jovencita borda junto á la ventana que fué de sus nostalgias. Ahora, al mirar al campo, bebe en él la vida. Es en el reposo de la siesta, y la muchacha está sola en la habitación, sumida en sombra, para librarla del resto del día.

De pronto, se entreabre la vidriera entornada y entra el hombrecillo del capuchón y la barba de azafrán. La muchacha le recibe ahora sin miedo. El barbudo trae su cara más placentera. Como la otra vez, se sienta en las rodillas de la niña y la dice, entre formal é irónico:

—¡Ves como te curé, hija mía!

—¿Pero quién eres, que tienes ese poder?—le pregunta, muerta de curiosidad, la joven.

Y el hombrecillo la replica, sonriendo:

—¡Sin mí no sería posible la vida humana! Soy el gnomo del olvido!

ALFONSO PÉREZ NIEVA

Ilustraciones de G. CAMPS.



EPIGRAMAS

—¿Conque la caña le gusta?
—Bastante.—¿Y la toma usted?
—Primero, me la *chupé*
con agua, responde Justa:
luego, señora Veragua,
sin agua me la bebí;
y ahora me la sorbo así...
—¡Vamos, señora, como agua!

—¿Leyó el *Inferno* de el Dante?
pregunta Durante á Guido.
—No, señor, no lo he leído,
contesta Guido á Durante.
—Pues se lo voy á traer.
...—Gracias, que sobrado *infierno*
ya hay en casa con mi yerno
y mi suegra y mi mujer!

—Gonzalo, ¿quién hizo el mundo?
preguntaba á cierto chico
el profesor Starrico,
que es un sabio muy profundo.
—Contesto, dice Gonzalo:
como el mundo es un *infierno*,
lo hizo sin duda el gobierno...
que hace aquí todo lo malo.

El tonto Gaspar Morales,
dijo á un pillete zumbón
y andaluz por más señales:
—¿Me explicarás lo que son
las urnas electorales?
—Te lo diré de buen grado,
contesta el interpelado:
son ciertas urnas, Gaspar,
donde el voto popular
suele quedar enterrado.

Dictándole á don José,
maestro de escuela, una carta
para el dueño de un café,
dije:—*coma*; y él con harta
tristeza, repuso:—¿El qué?

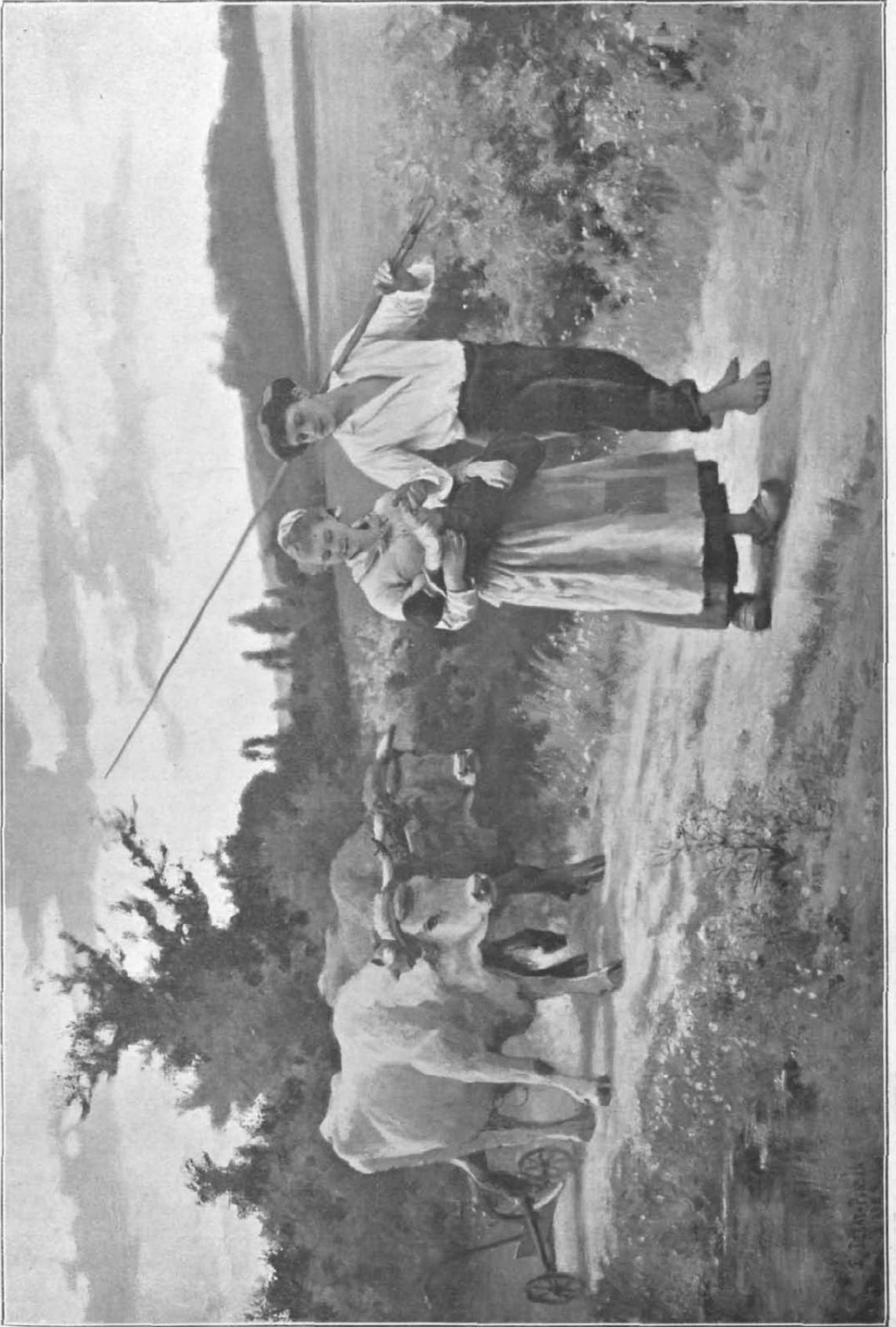
—Lamentábase el avarc
Julepillo Pericones
de tener piernas.—¡Qué raro!
—Porque sin piernas, es claro,
se ahorra los pantalones.

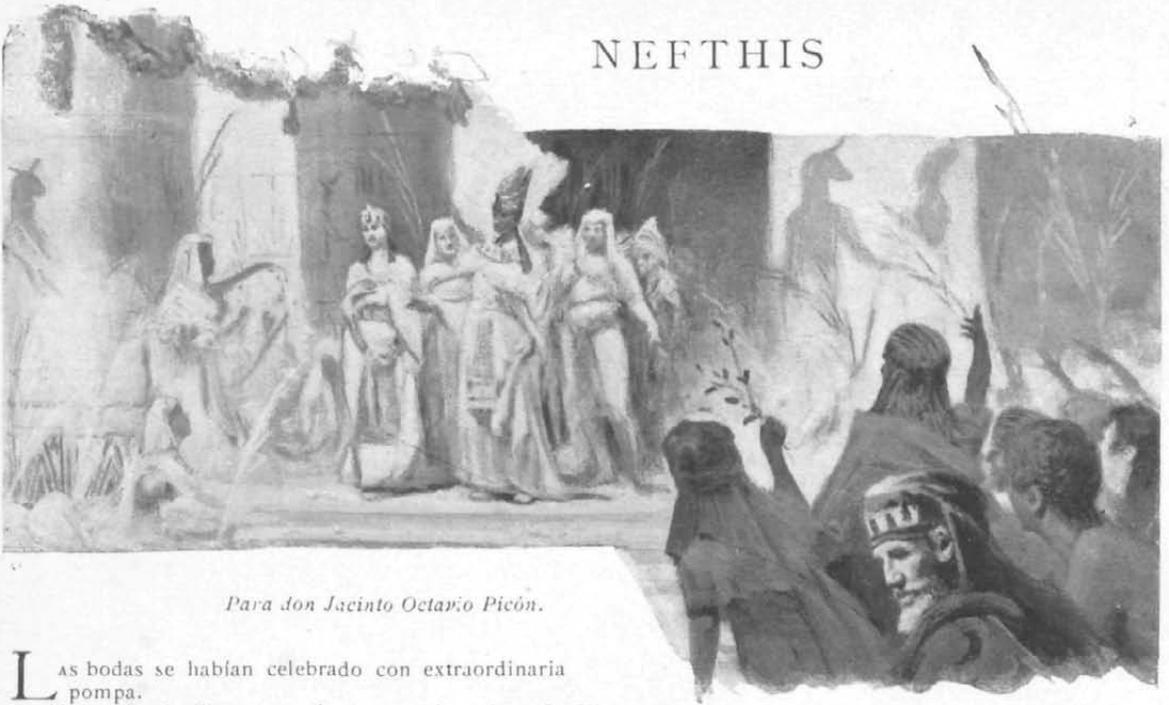
En testamento cerrado,
mandó un médico llamado
don Gualterio de Cipientes:
«en medio de mis clientes
deseo ser enterrado.»
Pero no se pudo dar
cumplimiento al singular
pedido de don Gualterio,
porque en todo el cementerio
ya no quedaba lugar.

WASHINGTON P. BERMUDEZ

Monterideo.

CAMPS





Para don Jacinto Octavio Picón.

Las bodas se habían celebrado con extraordinaria pompa.

Al Faraón le plugo que el gozo que le embargaba se difundiese por los dos Egipto, y cuando los sacerdotes y los altos dignatarios de la corte le pidieron órdenes para la ceremonia nupcial, respondiéndoles: — Es mi voluntad que á mi esposa le sean tributados los honores de la divinidad; mi Nefthis no es de sangre real, no descende como yo de seculares dinastías; es muy superior á estirpes tan mezquinas; su hermosura y sus gracias colócanla muy por encima de las dignidades terrenas; los homenajes que á mi Nefthis se dirijan, no deberán haber sido recibidos jamás por criatura humana.

Todo era fiestas y contento en Tebas, la perla del Nilo, la sagrada ciudad de las cien puertas, el privilegiado recinto donde tantas maravillas se encerraban.

La satisfecha multitud invadía las plazas sombreadas por las palmeras y se espaciaba por las majestuosas avenidas de esfinges, riendo, charlando y contemplando los espectáculos públicos; las aguas del Nilo veíanse surcadas por múltiples embarcaciones, vistosamente engalanadas, con velas multicolores, y llenas de hermosas jóvenes que se adornaban con flores de loto, acabadas de arrancar de sus acuáticos tallos; en los templos celebrábanse grandiosas ceremonias y los sagrados recintos llenábanse de las armonías de las cantatrices del culto y se saturaban de los perfumes del Kyfi, *dos veces bueno*.

Ante el palacio del Faraón, especialmente, la animación era extraordinaria; la muchedumbre no se hastiaba de aclamar á los soberanos y de admirar la excepcional hermosura de Nefthis, la nueva reina, la que, desde el día anterior, compartía con el poderoso vencedor en cien combates el trono de los dos Egipto.

Los monarcas, complacidos por aquellas espontáneas manifestaciones, asomábanse diferentes veces y saludaban sonrientes á sus súbditos.

El Faraón aquél era, y merecía serlo, verdaderamente querido por su pueblo; era joven, gallardo, simpático, afable con todos, pues su talento y sus estudios habíanle hecho comprender que para el bien de su patria debía sentirse menos *divino* y sí más *humano* que sus antecesores; á él se debía, además, una época de paz y bienandanza, lograda tras gloriosas campañas, y un florecimiento de las artes, de la industria, del comercio, de todo, en fin, lo que producen la paz y una sabia administración. Monarca tan excelente, acababa de encontrar cumplida recompensa en su boda con Nefthis, criatura la más hermosa que pudiera haber salido de las manos de Hator para felicidad de un amante.

Nefthis no era de sangre real, aunque sí pertenecía á distinguida familia ennoblecida por ilustres guerreros; pero esto era lo de menos, y razón tenía el Faraón al decir que su esposa era muy superior, por su hermosura y sus gracias, á las estirpes humanas.

Nefthis era un prodigio de belleza, y su talento extraordinario habíase desarrollado con una educación amplísima y como no era lo común en las jóvenes egipcias; además de haber tenido maestros eminentes, Nefthis vivió dos años en Atenas, que era á la sazón el cerebro del mundo, y ya se sabe que antes, como ahora, nada hay que perfeccione tanto la educación, como estudiar países y compararlos con la patria propia.

Tres meses habían transcurrido desde las bodas reales.

La felicidad de Egipto continuaba inalterable y el pueblo mostrábase cada vez más satisfecho con sus soberanos.

Sin embargo, no todos los egipcios estaban igualmente contentos; algunos había que, aun cuando no lo exteriorizasen, hallábanse muy disgustados. No era que ningún príncipe aspirase á empuñar el ceiro de su egregio pariente, ni que ninguna princesa envidiase la suerte de la reina, ni que ningún noble se sintiese postergado,



ni que guerrero alguno se doliese de paz tan prolongada; envidias, suspicacias y ambiciones que suelen ser las perturbadoras en las monarquías más felices.

Los que, entre ellos, mostraban disgusto, murmuraban, predecían males y aun deslizaban amenazas, eran los sacerdotes.

La clase sacerdotal estaba muy enojada.

El Faraón y su esposa cumplían exactamente con las prescripciones del culto; el pueblo seguía acudiendo á los templos con el fervor de siempre y dispuesto como siempre también á aceptar cuantos misterios se le propusieran; las ofrendas á la divinidad, en manos de sus ministros, continuaban afluyendo pródigamente.

La fe, permanecía inquebrantable.

Sin embargo, el finísimo instinto de los representantes de Phtá en Egipto, barruntaba innovaciones peligrosas para su prestigio sacerdotal.

Los solos concededores de la suprema verdad, los que estaban habituados á que todos se les humillasen y prosternasen, desde el Faraón al último siervo, los verdaderos amos en Egipto, no podían sufrir ni la sospecha vaga de que su autoridad se viese mermada ó discutida.

Cierto era que la clase sacerdotal había pasado por momentos de prueba y que existieron Faraones que limitaron el poder y los privilegios de la misma; pero harto constaban en la historia los luctuosos días que tales hechos produjeron y las avasalladoras reacciones que originaron.

El finísimo instinto de los sacerdotes no se equivocaba.

Nefthis era de un talento excepcional y había vivido en Atenas.

Nefthis acataba los sombríos misterios de la religión egipcia; pero, á solas con su corazón, sentíase más próxima á la divinidad que entre las gigantes columnas de los templos, asistiendo á los ritos complicados; respetaba á los sacerdotes, pero se respetaba á sí misma; creía en la verdad de su fe, pero no despreciaba la de los otros; pensaba en la muerte, pero amaba la vida; acordábase en Tebas, á orillas del Nilo, ante los múltiples monumentos que hablaban de morir, de Atenas, al pie del monte Hymeto, con su grandioso cántico al vivir.

—No deberías llamarte Nefthis, —decía el Faraón riendo, cuando la veía difundir el contento por su palacio, —pues en verdad que no representas á la diosa cuyo nombre llevas.

—¿Y te desagrada, señor?—preguntábale ella, mientras le fascinaba con sus divinos ojos.

—De ningún modo, reina mía. Si tú dejáras de reírte, desaparecería la felicidad del Egipto.

Y ciertamente que Nefthis, alegre, riendo, exuberante de vida, en nada recordaba á la hermana de Isis, la diosa de la momia, representada siempre en actitud de duelo.

Los sacerdotes hallábanse reunidos en el lugar más secreto del templo de Ammon.

El gran sacerdote estaba hablando.

—Es imprescindible—decía—adoptar una resolución rápida y enérgica. La reina, esa griega, que no merece llamarse egipcia, ha transtornado al Faraón. Difícilmente me he podido contener en la última entrevista. ¡Figuráos que está dispuesto á autorizar la construcción de templos para los falsos dioses en el sagrado suelo del Egipto!

—¡Imposible! ¡Horror! ¡Jamás!—exclamaron indignados los sacerdotes, y algunos rasgaron sus vestiduras.

—Lo que oís —continuó diciendo el gran sacerdote. — No bastándole consentir la indefinida estancia de extranjeros entre nosotros, va á permitir que los griegos y los hebreos, que nos contaminan, eleven templos y rindan público culto á sus mentidas divinidades. Hay más, escuchadme hasta el fin: El Faraón se niega á declarar nuevamente la guerra á los etíopes y nos amenaza con no volver á llamarnos á sus consejos si nos salimos, así ha dicho, de nuestra misión exclusivamente religiosa...

El asombro, la indignación, la ira fueron inauditos.

Por largo rato no se oyeron sino amenazas, imprecaciones y propósitos de venganza, repercutiendo por aquellos muros que albergaban la Divinidad.

Más aún que la libertad de cultos y que hasta la misma amenaza de limitarse á su misión espiritual, había soliviantado á los sacerdotes la noticia de que el Faraón, por motivos de humanidad y de justicia—como él decía y de lo que ellos se burlaban—renunciase á declarar la guerra á los etíopes; pues de esa guerra esperaban los sacerdotes iguales beneficios que de las pasadas.

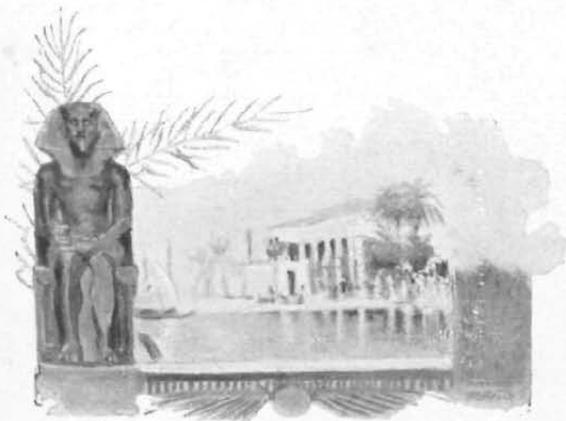
¡Y todo por Nefthis!

Nefthis que, sugestionando á su esposo, había obligado á ser hospitalario con los extranjeros; á ser humano, á ser justo y á ser rey.

Cualidades eran éstas que no habían faltado nunca al Faraón, pero que fueron robustecidas y afianzadas por su esposa.

Ardua fué la empresa que tomaron á su cargo los sacerdotes.

Era preciso convencer á los guerreros de que el Faraón, á quien habían visto siempre pelear con sin igual



bravura, rechazaba una guerra por temerosa debilidad; era preciso probar á los creyentes fervorosos que los dioses egipcios peligraban porque sus ministros no se ocupasen sino en su culto; era necesario demostrar á todos que Nefthis, la que derramaba bienes y mercedes á manos llenas por todo Egipto, era una intrigante, una pérfida que conspiraba contra su propia patria.

Difícil era todo esto, pero nada había imposible para aquellos sacerdotes intérpretes de la divinidad, dueños de lo sobrenatural y amparados tras los misterios.

Celebrábase una fiesta en el Nilo.

El Faraón estaba en palacio, despachando con su primer ministro y con el gran sacerdote.

Nefthis con algunas de sus damas vogaba en elegante barca sobre las sacras aguas que reflejaban, como en miles de años, el eterno azul del cielo egipcio.

Celebrábase una fiesta, y ninguna exclamación se oía entre la multitud que se agolpaba en las dos riberas. No se oía sino el vuelo perezoso de algún ibis.

—¡Qué silencio tan extraño!—decía Nefthis á sus damas; pero sonriendo siempre.

Y es muy extraño el silencio que precede á las grandes catástrofes y á los grandes crímenes. La Naturaleza enmudece

Abrióse la barca real misteriosamente, tan misteriosamente como los misterios del culto egipcio.

La multitud gritó. Unos lo sabían, otros lo presagiaban, todos gritaron.

Nefthis descendió al sagrado limo; pero sonriendo siempre.

La clase sacerdotal estaba vengada; pero las aguas del Nilo, al penetrar en el mar, difundieron por todas partes la noticia de una gran iniquidad.

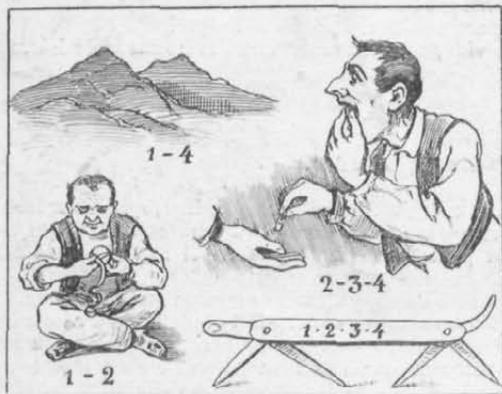
Y la iniquidad se expía.

LUIS DE TERÁN

Ilustraciones de P. BÉJAR.

PASATIEMPOS

CHARADA EN ACCIÓN



LOGOGRIFO NUMÉRICO

- 1 2 3 4 5 6 — Ciudad.
- 1 6 3 5 6 — Nombre de mujer.
- 3 5 1 6 — En poesía.
- 1 5 3 — Apellido de varón.
- 1 5 — Nota musical.
- 6 — Vocal.

A. P.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

DO
TO

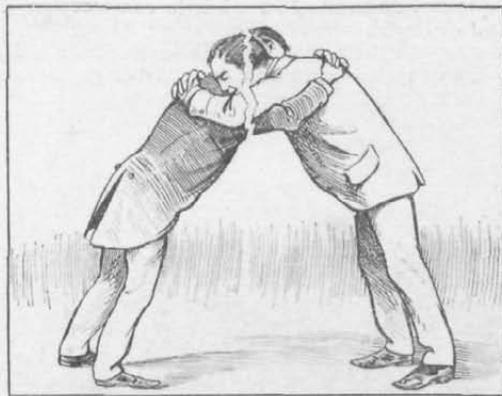
RAMONCITO.

ANAGRAMA

¡Cuán alegre y cuán total,
pues salud tiene y dinero,
que es la base principal,
recorre *todo* Romero
de Francia la capital!

L. M.

FRASE HECHA



Las soluciones irán en el número próximo.

SOLUCIONES Á LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR:

Charada en acción.—Carrasco.

Logogrifo numérico. — Murciélago. — Comercial. — Camarero. — Murillo. — Murcia. — Mirar. — Lago. — Aro. — La. — O.

Jeroglífico.—Bien está San Pedro en Roma.

NOTA.—No se devolverán los originales, aunque dejen de utilizarse.



— Usted necesita mucho paseo, señora.
— ¡Ay! doctor, yo no me separo de mi gato y éste no querrá seguirme en el paseo.
— Sí, señora; salga usted... por los tejados.



— Mira, Arturito; hace aún mucho frío para ir á cuerpo.
— Pero tío, si llevo gabán.
— ¿Que llevas gabán? Pues no me he enterado. ¡Cómo voy perdiendo la vista!



ANUNCIO DE 4.ª PLANA. — «Familia tranquila, desea un caballero estable, con ó sin..... arañazos.»



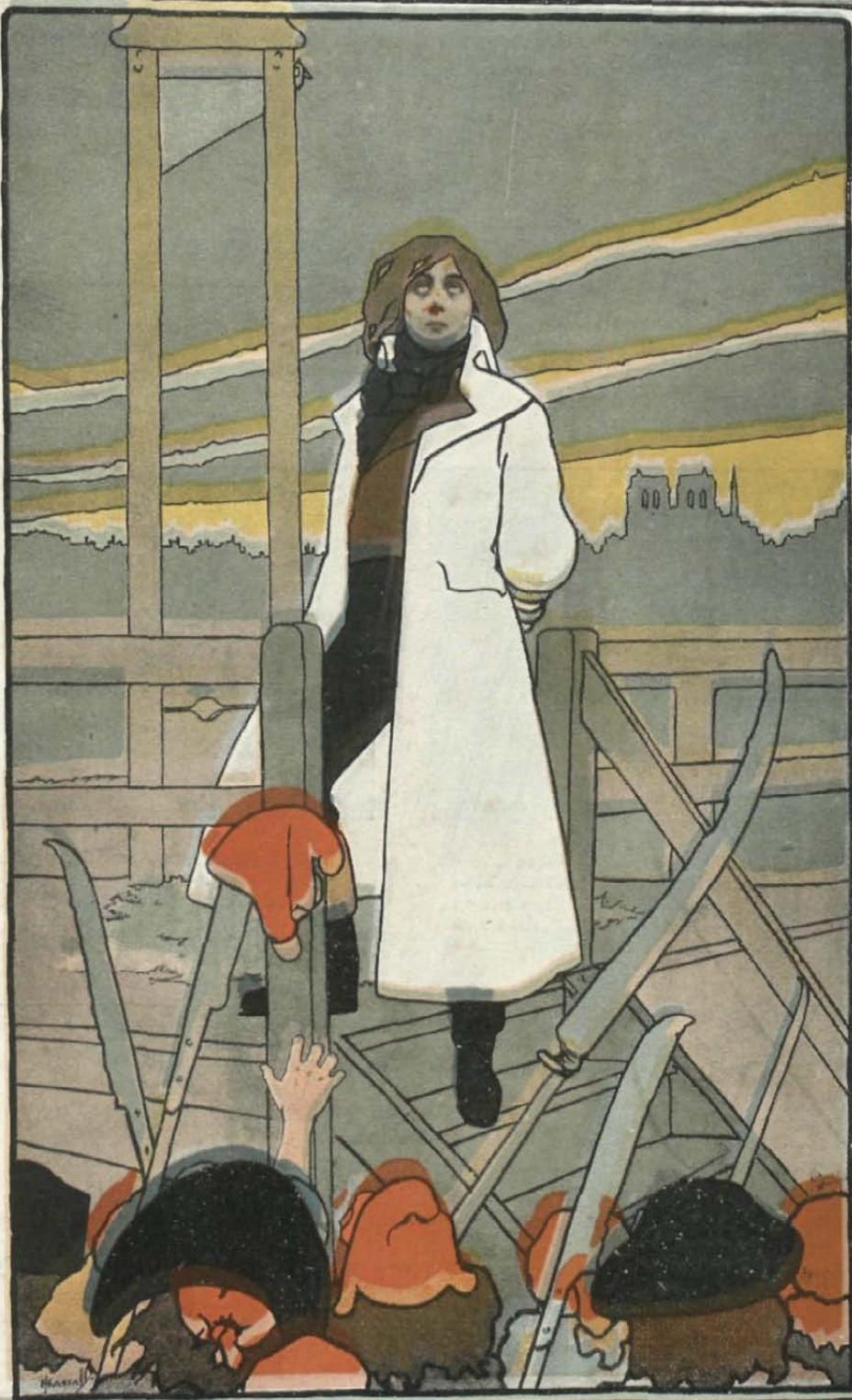
— Yo me como la perdiz, ahora tú elige.
— ¿Y qué voy á elegir? ¿si sólo dejas el gorrion?
— Mujer, puedes elegir entre comerlo ó dejarlo.



Las grandes poblaciones tienen la ventaja de que, llevando un trajecito decente, puede uno abordar á cualquier chica distinguida.

THE ONLY WAY:

A TALE OF TWO CITIES



M^r MARTIN HARVEY
AS "SYDNEY CARTON"